

Epiphany

honeyboo



Capítulo 1

Estoy perdiendo inspiración y ganas de escribir, pero de vez en cuando me salen cosas como estas todavía. No sé exactamente qué es esto, pero bueno.

Epifanía

¿Qué se siente al terminar la vida?, ¿tienen frío los muertos?, ¿tienen miedo?

¿Lloran?, ¿se lamentan?, ¿extrañan?

Uno puede no dormir durante la noche simplemente pensando en las cosas que pueden -o no- pasar cuando el tiempo se termine, y acabar igual que empezó; sin respuestas.

Y eso es lo que más asusta: porque no es tan importante morir cuando se sabe qué viene después, porque la muerte vende más con guadaña y capucha. Si Clarisse tuviese que definir la muerte con solo una palabra, probablemente sería paz.

Paz porque los muertos no sufren, porque no hay dolor para ellos. El dolor sólo es para los que se quedan, piensa a menudo. No se equivoca demasiado.

Clarisse quiere morir. Se levanta todos los días de buen humor, camina por las calles de su ciudad de buen humor, trabaja de buen humor, sale con amigos y ríe, y disfruta, y olvida, y cuando se acuesta en su cama, todo pesa y duele, menos el sueño. A ella le gustaría ser de esas personas que cogen sus problemas y los transforman hasta que obtienen cosas buenas y sanas, o en su defecto, de las que les cuesta recordar, pero no tiene esa suerte, porque puede agradecer estar viva durante la hora en la que baila en una discoteca, y el resto del tiempo desear no existir.

Para ella ha sido fácil crecer sin un motivo consistente, cuando tenía dieciséis años recuerda haber sido receptora de una pregunta, «¿eres feliz?», y su respuesta había sido «sí». Y, diablos, había sido tan fácil decirlo, como si la palabra hubiera picado en su lengua para salir a la libertad. Por supuesto que Clarisse era feliz, porque seguía viva a pesar de no tener un motivo para estarlo, y muchos otros que sí tuvieron motivos ya no lo estaban. Tantas veces se ha encontrado pensando en lo jodidamente egoísta que eso suena, porque a menudo alguien solo desgasta a los demás, chupa su energía y sólo la transforma en algo peor, y entonces, ¿de qué sirve?, ¿hay algún propósito para no terminar con

todo y buscar algo mejor?

Clarisse ha pensado en buscar algo mejor muchas veces. Ha pensado en quedarse por su trabajo, por sus allegados. Ha pensado en quedarse por miedo. Ha pensado en quedarse por sus sueños.

Y ninguno de esos pensamientos la ha hecho querer quedarse.

Respira con dificultad porque esa es una cualidad de sus pulmones, que se atrofian cuando más aire necesitan. Como si el oxígeno fuera repelido por su cuerpo, su nariz cerrándose, su tráquea presionando contra la piel de su garganta, las manos contra el frío material de la bañera. La cortina, fría y mojada, en el suelo, empapándolo del agua dentro de la tina. Es agua sucia, es agua sucia porque el cuerpo de Clarisse está sumergido en ella.

¿Cómo puede ser alguien tan hermoso y tan triste?

Las lágrimas que a veces corren por sus mejillas son translúcidas y bellas, reflejan al mundo, importan y trascienden. Se mezclan con el agua sucia y, entonces, se vuelven opacas y sólo reflejan su vida pasada.

Para Clarisse, el agua está llena de recuerdos.

Así que, cuando se mira a sí misma, solo piensa en su casa, en su hogar, con su madre y sus dos hermanos pequeños.

Y entonces Clarisse quiere morir.

Nada es importante si no tiene un valor determinado, así que si nada es importante, ¿de qué sirve mantener algo? incluso si es solo por ser dueño, ¿por qué alguien querría tener una vida en la que no es feliz?

¿Están las personas tan desesperadas por no morir, tan asustadas por no saber, que prefieren no poder dormir por las noches porque hay algo que estruja sus corazones a dejar la vida?

Ella, desde luego, no.

La tina es pequeña, pero Clarisse siempre lo ha sido más. Era pequeña cuando se sentaba en la mesa y su madre le preguntaba qué había hecho en clase, era pequeña cuando un día disparó una pistola, era pequeña cuando entendió por qué había disparado una pistola.

Demonios, ella ni siquiera recuerda bien qué pasó después de apretar el gatillo. Es como un parón, como si su cerebro hubiese borrado los momentos entre el antes y el después. La consciencia la fue consiguiendo

en los años posteriores, rehaciéndose y destruyéndose.

Desde el parón, ella había perdido la virtud de la fe.

Había dejado de guardar esperanzas, cada vez menos, hasta que se quedó sin reservas y su corazón fue incapaz de reponerlas. Sin esperanzas, tampoco hay decepciones.

Sí, la vida de Clarisse habría estado llena de decepciones si alguna vez le hubiera importado. Pero no lo hizo, porque las cosas, de una manera u otra, perdieron sentido.

Lo único que ella ha mantenido todo este tiempo son las preguntas, es la muerte. ¿Y qué más puede hacer ella si sólo quiere rondar a su alrededor?

Es como un imán.

Ella es como su padre.

El hombre también jugaba con la muerte a menudo, y cuando quiso volver al mundo de los vivos, estaba tan quemado, tan frío y lejos, que no hubo esperanza ni fe para él. Clarisse las había perdido al mismo tiempo. Y pasa que cuando uno está desesperado, a veces arrastra a todo consigo, así que se aferró a su familia y apretó con fuerza, hasta que el aire los dejó.

A su madre quizá no le importaba lo suficiente, y para cuando quiso darse cuenta, ella también estaba muerta.

¿Es que nadie en la vida de Clarisse tenía motivos para quedarse allí?

¿Era por la vida? ¿porque pesaba mucho?, ¿o era su culpa?

Ahora que ella ya es mayor, sigue sin haber nadie que se quede.

Ha pasado mucho tiempo rumiando por una respuesta a esas preguntas, porque es lo único que la ha atado en su lugar, era el seguro de una pistola, la gravedad. Mientras sus pies están en la tierra, Clarisse es feliz, pero está sola, y a nadie le importa. Demonios, también está sola en el cuarto de baño, en la tina.

Y piensa en no sumergir su cabeza hasta que se haga de día, y aguantar y seguir buscando una respuesta, pero incluso eso no es suficiente. ¿De qué sirve su vida si no va a disfrutarla?

Porque siempre es como una frase sin punto final, solo hay comas, y el texto se alarga y la marea, cada vez es más complicado seguir. Le duelen

los ojos de tanto mirar y los pulmones de tanto aire desaprovechado.

Si su madre no la quiso tanto como para luchar por su vida, si su padre no la quiso tanto como para no tratar de arrebatársela, ¿quién iba a quererla?

Por eso la muerte es paz. Porque ya no hay preguntas sin respuesta.

Clarisse no quiere que sea doloroso, porque el dolor es para los vivos, así que decide que si va a hacerlo, quiere poder verse por última vez. Qué mejor sitio para verse que en el agua de esa tina, que refleja su vida, cada cicatriz y caída, y es opaca, así que la imagen no será lo suficientemente nítida como para hacerla quedarse.

Puede verse a sí misma corriendo por la vieja casa de campo, con flores amarillas en los calcetines, se ve a sí misma acariciando a una oveja un domingo de feria, se ve a sí misma yendo hacia la escuela de la mano de su madre, se ve a sí misma gritando a sus hermanos pequeños, se ve a sí misma encontrando una pistola. Se ve a sí misma llorando porque la mujer no podría volver a desearle las buenas noches. Se ve a sí misma escondiéndose, como un pequeño animal asustado al que le han puesto demasiadas trampas, y se ve a sí misma evitando dirigir la vista a la sangre, roja como las cerezas de verano, que avanza y corre y se acerca a ella. La acorrala como a un pequeño ratón, hasta que la policía llega y los recuerdos se borran.

Su padre tampoco luchó demasiado por su vida cuando había visto el arma en sus manos, solo había gritado de frustración y tratado de seguir haciéndole daño, como ya hizo con su esposa. A Clarisse no le gusta la sangre, y por eso prácticamente no recuerda nada de aquel día, porque su cerebro prefiere borrar todo rastro de su existencia, como un mal sueño.

Pero el agua nunca miente, y está ahí.

Las lágrimas ya no son traslúcidas, la mayoría se han oscurecido nada más salir, al tocarla.

Ella no tiene respuestas, así que, ¿de qué le sirve seguir ensuciando ese agua?

Todo es como un gran ciclo, porque la noche se va, pero siempre vuelve, el silencio se rompe, pero siempre prevalece, el dolor se oculta, pero siempre asfixia.

La única salida es la muerte, siempre la muerte. Se lleva a los caídos y los acoge, como una madre a sus hijos, y ellos ya no se hacen preguntas,

porque no las necesitan.

Es solo entonces, cuando ella se mira a sí misma a través del agua, que ve a su reflejo como a otra persona, lejana, mejorada. A ella le hubiera gustado así, más ausente y etérea, porque los reflejos no sufren ni se rompen.

¿Ser un reflejo es como estar muerto, o como no tener vida? porque para Clarisse son dos cosas distintas.

Las lágrimas no oscurecen a su otra yo.

Diablos, ¿cómo va a quererse si se odia a sí misma?

¿Es esa su respuesta final?, ¿tratar de dejar de odiarse a sí misma? no sabe si es lo suficientemente paciente para eso, porque es un proceso largo, tan largo que puede llevarle toda la vida que no está a dispuesta a vivir, pero por un momento -solo un momento-, como que le da curiosidad.

¿Cómo se sentirá quererse?, ¿cómo se sentirá estar vivo?

Ella está muy lejos de saberlo.

Pero de verdad que quiere intentarlo. De acuerdo, le da miedo, pero su reflejo está ahí, bello, y si ella puede existir sin lamentarse, entonces, ¿por qué ella no?

¿Por qué ella no?

¿Por qué todos, menos ella?

¿Por qué su padre, y no ella?

Tampoco ha hecho cosas malas durante sus años, no ha herido a nadie que no lo mereciera, y, de todas formas, Clarisse ha salido escaldada más veces que el resto, así que no pueden quejarse. La única que puede quejarse es la chica, y no lo hace porque no tiene ni tiempo ni necesidad.

Le pican los dedos de aferrarse a la tina, sabe. Como si se aferrara a la vida.

¿De verdad va a hacerlo?

¿Va a vivir?

«Me da miedo», piensa. Y claro que lo hace, porque no está acostumbrada.

Va a levantarse cada mañana y seguir buscando solución a sus interrogantes, y a seguir sosteniendo el peso en vez de dormir, porque puede hacerlo, hasta que se quiera, y eso la asusta. Y es normal. Claro que sí.

A Clarisse le asusta todo menos morir. Le asusta amar, le asusta que no la amen de vuelta, le asusta perderse y no encontrarse, le asusta caerse y no levantarse. Le asusta la vida.

¿Y quien va a quedarse allí y amarla?

Se mira a sí misma, a su reflejo.

¿Y por qué alguien debería quedarse allí, de todos modos?

«*Soy yo la que debería amarme en este mundo*», dice en voz alta.

Para que la oigan.

Sí, Clarisse quiere morir, pero ha encontrado respuesta a una de sus preguntas. La vida empieza por salir de la tina y acostarse, y sostener su corazón, y seguir buscando, hasta que las tenga todas.

Y así, sólo entonces, podrá quererse.